

Escobar, Felipe;Salamanca, Yesid  
Reseña de "De Macondo a Mancuso: Conflicto, violencia política y guerra psicológica  
en Colombia" de E. Barrero  
Universitas Psychologica, Vol. 8, Núm. 3, septiembre-diciembre, 2009, pp. 882-884  
Pontificia Universidad Javeriana  
Colombia

Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=64712155023>



*Universitas Psychologica*  
ISSN (Versión impresa): 1657-9267  
lopezw@javeriana.edu.co  
Pontificia Universidad Javeriana  
Colombia

Reseña del libro:

Barrero, E. (2006). *De Macondo a Mancuso: Conflicto, violencia política y guerra psicológica en Colombia*. Bogotá: Desde Abajo.

Reseñado por:

Felipe Escobar y Yesid Salamanca, Universidad Católica de Colombia, Grupo de Investigación en Psicología Social

El texto, que nos presenta Edgar Barrero, nos conduce por un recorrido donde la historia de la violencia, surgida en la segunda mitad del s. XX en Colombia, confluye con conceptos y explicaciones, desde la perspectiva psicosocial crítica, a sus implicaciones en la población, y el manejo de diversas facetas de la guerra por parte de los actores, para, finalmente, plantear una propuesta ética desde perspectivas como las de Martín-Baró y Michael Foucault.

El autor inicia su libro haciendo un particular paralelo de la sociedad colombiana con la obra culmen de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, argumentando que las relaciones sociales, la difícil convivencia e intolerancia a la diferencia, tan presentes en esa sociedad Macondiana, permiten reconocer la desesperanza que se genera en un país donde dialogar da lo mismo que hacer la guerra, siendo esta última la que se ha perpetuado en la historia colombiana. En medio de este particular contexto la interacción, el diálogo y el reconocimiento del otro son trabajados por Barrero, a través de tres tipos de fenómenos sociales que el autor determina como acompañantes de las construcciones y realidades sociales. El primero de ellos, *Conflicto Político*, puede ser visto como generador de oportunidades y cambio, o como un agente disfuncional y alterador del orden, pero, en cualquier caso, con la posibilidad de dejar resentimientos y dolores que hacen necesario tomarlo como un fenómeno social, donde se puede reconocer claramente la afección que produce. Todo lo anterior enmarcado en tres dimensiones: las tensiones permanentes por ciertos intereses, la lucha por el poder y las pretensiones de verdad; agregándole la falta de garantías en el ejercicio de

una política que respete las diferencias, donde el papel del Estado y la estructura social son vitales en la consideración del conflicto político. El segundo fenómeno es la *Violencia Política*, definido, por el autor, como todo exceso de fuerza hacia otro en pro de intereses económicos, militares e ideológicos que se ejerce bajo dos condiciones: ideologías políticas distintas y el Estado como actor referente. No obstante, autores como Aróstegui (1994), plantean que además de esos elementos, la violencia es un fenómeno de una universalidad histórica tan irrestricta, que encierra factores tanto etológicos como psicológicos, simbólico-culturales y políticos, entre otros. El tercer fenómeno social, que menciona el autor, es la *Guerra Psicológica*, que junto con la violencia política tienen como finalidad el control y el dominio de la subjetividad, utilizando particularmente los medios masivos de comunicación que llegan a convertirse en agentes educadores inmersos en las formas de pensar del colombiano, e incluso reestructurar la mirada que se tiene sobre la violencia. Es así como la guerra psicológica busca no sólo generar afectos hacia quienes pretenden ciertos ideales, sino que también intenta suscitar sentimientos de inseguridad y desviar la atención de aquellos aspectos generadores de malestar social; más, en el contexto colombiano, donde se necesita distracción que permita tranquilidad para vivir, mientras se olvida el conflicto. Es así como la guerra psicológica en Colombia se ha constituido en un escenario propicio, para plantear múltiples explicaciones desde diferentes disciplinas y paradigmas, entre otras razones, por las cada vez más profundas consecuencias de la guerra tanto para la estructura psicológica de las personas como para el tejido social.

Estos tres fenómenos han sido parte de la historia en Colombia durante décadas. Partiendo de 1946, cuando el país entra en una etapa de radicalización y polarización, es decir en un clima de violencia generalizada, sin obviar que en el país la violencia ha sido una constante, el autor plantea que fue en este periodo cuando se comenzó a hacer evidente la violencia política, utilizando estrategias psicológicas, sociológicas y de comunicación. Sobre ese tema, Salcedo (1999), teniendo en cuenta

que según los analistas Colombia nunca ha estado en paz, plantea que el tipo de guerra actual, desde la aparición de la revolución comunista en nuestro país, no difiere en cantidad ni en calidad de la violencia de etapas previas de nuestra historia, desde la Colonia hasta el presente, y todas con el mismo factor común de lucha enmascarado en el contexto ideológico del momento: poner en marcha la carrera hacia el poder por todos los medios, lo que, supeditándose a la definición de Barrero, sería considerado también violencia política. Por otro lado, según el estudio expuesto por Marín (2005) en el que se recogieron opiniones de colombianos sobre su percepción del conflicto, se concluye que en las ciudades el conflicto actual ha traspasado las fronteras del núcleo social para establecer una situación de crisis sin precedentes en la historia nacional. Sin embargo, esta conclusión hay que considerarla, dado que un proceso de urbanización nacional (y tan fuerte como el colombiano) conlleva intrínsecamente un cambio de escenario en el ejercicio de la violencia, que responde de manera natural al movimiento de las poblaciones. Por lo anterior, aseverar que estamos en un hito histórico sin precedentes, es olvidar el cambio contextual al que nos ha llevado la historia misma, y bajo la que debería juzgarse la situación actual, a la hora de “nefastizarla”.

Retomando los planteamientos de Barrero, con la revisión de hechos históricos sobre la violencia, la muerte y los asesinatos estatales basados en la ideología como factores reconocidos y legítimos para ejercer violencia, se caracteriza la década de 1950 por ser una época de terror y violencia enmarcada como afirma Samayoa (citado por Barrero) por procesos de deshumanización, desensibilización frente al dolor y desesperanza, que tienen consecuencias dramáticas, tanto para el individuo como para los grupos humanos que terminan cayendo en la resignación y la postración alienante. Se refleja, así, un miedo colectivo que, en palabras de Elizabeth Lira, incluye: sensación de vulnerabilidad, estado exacerbado de alerta, sentimiento de impotencia y una alteración del sentido de realidad. Este clima de violencia y vulnerabilidad generó un estado de descontento que

facilitó nuevas formas de organización y movilización social. Esta condición es una de las múltiples causas que dan origen a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), que marcan un nuevo mapa político, militar e ideológico, dando lugar a nuevos procesos de identidad. Por otro lado, surgen las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), más conocidas como grupos paramilitares, como respuesta contrainsurgente que, en opinión de Cortés (2001), no deben ser consideradas como movimientos que responden a una corriente de populismo autoritario de extrema derecha, pues ello implicaría olvidar los orígenes auténticos de dichos grupos constituidos con el solo fin de ponerle coto al libre accionar de la guerrilla en Colombia. Además de la importancia de los antecedentes históricos e ideológicos, los grupos que recurren a la violencia con el fin de transformar o mantener el orden social, se apoyan en la utilización de los medios de comunicación con el propósito de establecer un vínculo con el pueblo y un control subjetivo que, según Rozintchnert (citado por Barrero) se logra a través de la acción sugestiva que actúa en las emociones y sentimientos de la gente; y la acción compulsiva afecta el inconsciente de las personas originando una representación social que repercute en el sentido y significado de las prácticas humanas. Esto, en Colombia, genera incapacidad de aceptar o reconocer opiniones contrarias, sentimientos de angustia y pesimismo permanente, entre otros.

Finalmente, y luego de exponer la problemática, Barrero propone la creación de una ética de la resistencia frente a la guerra psicológica, fundamentándose en los planteamientos de Foucault, donde el significado universal reivindica el derecho a la diferencia y el rechazo a las tecnologías del poder por encima de la condición humana. Sin embargo, este punto se presenta limitado para nuestro contexto, puesto que las dinámicas sociales que ha engendrado el conflicto en Colombia, no pueden sanarse solamente con manejos del respeto a la diferencia. Las heridas que ha dejado la guerra en los colombianos, hacen necesario un proceso largo y profundo que logre replantear la estructura

conforme al conflicto. Para Foucault, esto implica a la ética con el reconocimiento del ser humano como una construcción en la que se involucran varios elementos, lo que permite la posibilidad del fortalecimiento, desde la construcción de discursos desenmascaradores frente a ciertas circunstancias, y además el del saber sobre sí mismo.

En este mismo desarrollo del planteamiento de una ética resistente, Barrero se remite a Martín-Baró quién plantea la liberación desde la conciencia del individuo visto como sujeto histórico, que se constituye en relación dialéctica con la sociedad, siendo el saber un resultado de la acción y del pensamiento tanto individual como colectivo. Este concepto se acerca más a las necesidades del contexto colombiano, puesto que permite reconocer el proceso histórico, además de su manejo dialógico, y la incidencia que tienen éstas en la construcción de realidad. Todo lo anterior, con miras a exponer la ética de la resistencia como método de contribución a la solución de los problemas de violencia y conflicto, en Colombia. Al final del texto, el autor emplea un aparte para hacer un llamado a la Psicología Social en Colombia, examinando su origen y su papel en la construcción de lo social, y concluye con el planteamiento de Jesús Ibáñez de que el ponerse a pensar desde una postura política, no es más que una práctica reflexiva y comprometida. Estos aportes ponen de manifiesto la crisis social que vive Colombia y la necesidad de diseñar estrategias orientadas al cambio y de nuevas formas de ver el país y el conflicto.

## Referencias

- Aróstegui, J. (1994). Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia. *Ayer*, 13, 17-55.
- Cortés, R. (2001). Paramilitares: violencia política en Colombia. *Aldea Mundo*, 5(10), 25-32.
- Marín, D. (2005). Percepciones, repercusiones y solución de la violencia en Colombia, *Mirada Popular. Perfiles Libertadores*, 3.
- Salcedo, G. (1993). *¿Sobrevivirá la democracia en América Latina?* Miami: Publicaciones Violeta.

Reseña del libro:

Robledo-Gómez, A. M. & Rodríguez-Santana, P. (2008). *Emergencia del sujeto excluido. Aproximación genealógica a la no-ciudad en Bogotá*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Reseñado por:

Luz Teresa Gómez de Mantilla

El libro *Emergencia del sujeto excluido. Aproximación genealógica a la no-ciudad en Bogotá*, nos remite a la condición genética de un problema central relacionado con las tensiones entre saber y poder, en la ciudad de Bogotá. Las autoras no lo hacen como lucubración teórica, sino atentas a la realidad histórica de nuestra compleja urbe y su laberíntico proceso de formación.

El libro presenta distintos hilos conductores para reflexión. Uno de connotación histórica, rigurosa, articulada al nacimiento de las ciudades y a su consolidación en el siglo XV, que se trasmite de manera directa a las colonias, como ciudad pensada y trazada, según el deseo y el mandato de los reyes españoles, pero que tiene que atenerse a las condiciones geográficas del poblamiento indígena. Pero simultáneamente a la postura histórica, el libro va construyendo otros argumentos de traza más compleja, que dejan emerger una geografía urbana fragmentada y discontinua, de la que surge la ciudad de Bogotá, con sus contextos económicos y sociales, como una condición primigenia.

El libro propone una estrategia de develamientos sucesivos. En mi lectura, encuentro el hilo del tiempo que sostiene en mojones precisos el recorrido. Pero, éste es solo un pretexto una “aproximación genealógica”, como lo llaman las autoras.

Devolviendo el camino uno se encuentra con unas preguntas de fondo: ¿Qué es una ciudad? O ¿Quién es la ciudad? Porque actuando como sujeto cumple funciones precisas como conjunto, para articular las prácticas y los saberes de su tiempo e ir convirtiendo la retícula primera en Red social que cuela, separa, jerarquiza y divide, desde el primer momento, con sofisticados procesos de distinción (que son procesos de distribución). Mirando más detenidamente la retícula se convierte en “ceda-